

Un artículo reciente en la prensa narraba la historia de un matrimonio que celebraba su 75 aniversario de bodas. Para nuestros propósitos, los vamos a llamar José y María. En respuesta a la pregunta de cómo se encontraron por primera vez y se enamoraron, María, después de describir el contexto, un baile campesina, dijo, "Bailar con José fue como cautivarme inmediatamente mientras me miraba a los ojos. Al instante supe que él era el cual yo quería pasar junto el resto de mi vida." Respondiendo a la pregunta del reportero de cómo ellos habían mantenido el amor vivo entre ellos, José respondió: "Nunca dejamos que la llama de nuestro amor se apagara . ¡Oh! hubo momentos cuando el amor se puso un poco tenue de aquí y de vez en cuando, pero sabíamos que éramos el uno para el otro. Usted simplemente no puede tomar el amor por sentado. Usted tiene que trabajar en este amor todos los días".

Pentecostés celebra el enamoramiento de Dios con nosotros y con nuestra respuesta. En nuestra primera Lectura, del libro de los Hechos, escuchamos la historia tradicional de Pentecostés. Aquellos discípulos, y con María la madre de Jesús que estaban reunidos, ese Domingo, en el Cenáculo de Jerusalén, fueron "cautivados inmediatamente por el amor de Dios." El Espíritu de Dios, que se abatió sobre ellos los pudo llevar a ellos a todos los rincones conocidos del mundo de su época. Del mismo modo aquellos que estaban reunidos en esta sala experimentaron el amor de Dios ardiendo dentro de ellos. Como una llama, no pudieron mantener la luz y la intensidad de esta buena noticia para si mismo. Esta noticia tenía que ser compartida. La proclamación del apóstol Pedro sobre Jesús fue entendido por las personas que estaban reunidas para la fiesta de Pentecostés de todos partes del mundo a pesar de que hablaban diferentes idiomas. El lenguaje del amor es universal. Con el tiempo, el fuego de esta primera experiencia se pondría a prueba, crecería débil, sólo para después resplandecer de nuevo brillantemente cuando los apóstoles y los primeros cristianos se confrontaron ante la oposición, persecución y, para muchos, el martirio por su fe. Sin embargo, ellos perseveraron. El libro de los Hechos nos dice que ellos siempre se volvieron a rezar al Espíritu Santo, el cual continuó suministrándoles con todo lo necesario para completar su misión.

Hoy, en lo que se conoce tradicionalmente como el "Nacimiento de la Iglesia" o su "Aniversario", Dios renueva su amor por nosotros a través del don del Espíritu Santo. En el Evangelio de hoy, Jesús nos hace recordar que el Espíritu Santo es el medio por el cual su presencia y su trabajo "siguen" a través de lo divino dentro de nuestra morada. El Espíritu Santo de Jesús y el Padre viene y hace su "vivienda" en cada uno de nosotros. Morar dentro de nosotros, el Espíritu Santo sigue enseñándonos el amor de Dios y nos hace recordar todo lo que Jesús nos reveló. San Pablo, en la segunda Lectura de hoy, proclama ya no estamos en la carne, es decir, nuestra vida ya no se define o se limita a la estenosis del mundo, pero dado que el Espíritu que mora en nosotros, ya poseemos esa vida que llamamos "cielo"—la unión con Dios, que ahora nos hace ser a nosotros "hijos de Dios", aun cuando esa vida podría verse como en gloria está todavía elaborándose. (I Juan. 3:1-3).

Pentecostés nos invita a nosotros que dejemos al Espíritu cautivarnos y inflamarnos de amor divino, y nosotros, al igual que los apóstoles de la antigüedad y los apóstoles en nuestras familias y las parroquias que han transmitido la fe y que nos han formado, tomar nuestra parte de la responsabilidad de llevar el evangelio a las personas y a las situaciones en donde el Espíritu nos lleva. ¿Cómo puede, o no puede suceder esto? Piensen por un momento cuando en alguna vez alguien entró “de repente” en nuestra vida a través de una visita inesperada, una llamada telefónica, un texto o ‘chirlear’ con una palabra o un gesto que nos llenó de alegría o reafirmó nuestro problema. O tal vez ustedes hicieron algo similar para otra persona. Si esto nos ha ocurrido a cualquiera de nosotros, significa que hemos sido "cautivados completamente" por el Espíritu Santo, y con nuestras palabras y gestos ardientes políglotas del lenguaje proclamamos el amor de Dios. Son momentos de Pentecostés.

Por supuesto, tenemos que desearlo, y continuamente trabajar en él para profundizarlo. Pero siempre está ahí. Esto es quien Dios es. Dios es amor. ¡Feliz Pentecostés para todos!

Padre Jim Secora